

aparente ú oculto. Esta es una verdad que admite poco número de excepciones. ¿Qué me determinó en sustancia á tomar parte en estos sucesos? Voy á decirlo.

La gran aspiracion del hombre nacido en una sociedad culta y civilizada, es la independenciam en su patria y la independenciam en su persona: independenciam en literatura, en trabajo, en fortuna, en política, en todo lo que absolutamente no nos liga con los deberes y obligaciones sociales. Esta ha sido mi idea y mi aspiracion hace años: por eso no he podido ser partidario; por eso realmente habia sido extraño á los sucesos políticos. Ocupado en otras administraciones en labores ajenas de la política; siempre soñando con un banco de descuento y circulacion, con un arreglo de la deuda, con un camino de fierro, habia sido extraño á todas las combinaciones electorales, á todas las intrigas políticas, á todas las pesquizas de la policíam, que durante los largos períodos de dictadura se ha ocupado en encerrar culpables, que han salido mártires con el cambio de gobierno; y esos mártires, sin acordarse de sus desgracias, han encerrado á su vez á otros culpables. Esto me ha parecido una larga, insípida y desagradable comedia, que confieso que han tenido que representar los gobiernos, hijos todos de la guerra civil, pero en la cual yo no he querido tomar ninguna parte.

La libertad y la religion, no como están trazadas en las páginas sangrientas de la historia, sino como son realmente, se habian presentado á mi imaginacion bajo unas formas dulces y benignas, esparciendo la luz en medio de la oscuridad, el consuelo en medio de la profunda miseria, la sabiduría en las tinieblas de la ignorancia, la concordia y la paz en medio de los campos de batalla. Hermanas gemelas, criadas por el Unico Reformador que vino al mundo á imponer su doctrina con la mansedumbre y la humildad, las creo destinadas á recorrer, con el Evangelio en una mano y la oliva de la paz en la otra, las regiones de la tierra, derramando los consuelos y la doctrina de la verdadera civilizacion, no de esa civilizacion que se ha impuesto hasta hoy á los pueblos con la espada y el fuego, y que aparece deforme, horrible é incomprendible como el monstruo que vió el evangelista en la isla de Patmos.

Con estas ideas, inseparables de mi entendimiento y de mi corazon, siempre en nuestras guerras civiles se me habia hecho una confusion tal de la legislacion civil y religiosa, que no sabia ni sé darme todavíam razon de por qué han pasado tantas y tantas cosas en nombre de la religion y en nombre de la libertad.

En esta vez la una se me presentaba amena-

zante, tiránica, inquieta, dispuesta á arrollarol todo; la otra, obstinada, fria, resuelta á encastillarse en sus antiguas prácticas, sin conceder nada, ni aun al tiempo, que al devorar los años, ha cambiado tambien las costumbres, y sin querer abrir las páginas del Evangelio, y leer la palabra *caridad*, que se encuentra en cada una de sus líneas.

El choque era inevitable; la exaltacion iba dentro de pronto á no tener límites; los partidos ya sin esperanza, sin medio de transaccion, iban á replegarse á sus fortificaciones, inscribiendo unos en sus plazas y castillos *Libertad*; los otros en sus banderas y en sus palacios *Religion*, miéntras en la casa pacífica del labrador, aislado en medio de los campos, se escribia: *Incendio, sangre, muerte*.

Yo no he podido, no he debido decir mas: estas pocas líneas explican mis sentimientos, y yo interpelo formalmente á los hombres de bien de todos los partidos, si algunas veces en el silencio de su hogar, y hallándose frente á frente con su Dios, con su corazon y con su patria, no han pensado alguna cosa parecida á lo que yo pensé, y no han sentido alguna cosa semejante á lo que yo sentí. Cada uno tiene su conciencia, y yo no quiero escudriñar los senos incomprendibles y profundos del corazon.

Yo tuve mi conciencia para obrar: me equivoqué. La independencia de mis opiniones me perjudicó; mi carácter incompleto me puso en el abismo de donde yo habia retirado el pié: la necesidad de la propia defensa me ha obligado á decir lo que he dicho.

VI.

Hemos visto los principios extraños de esta revolucion, y los medios en verdad poco eficaces que se pusieron: verémos en algunas páginas mas los resultados diametralmente opuestos á lo que se esperaba.

Las contestaciones á que he hecho referencia en el antecedente capítulo, hacian renacer la confianza del Sr. Comonfort, y pensaba que la caprichosa fortuna le continuaria sus sonrisas y favores: sin embargo, la falta de contestacion de Morelia nos preocupaba vivamente: ella vino en persona, y no por escrito: una comision